

Fernando Sanz, marinero manchego
y larguirucho

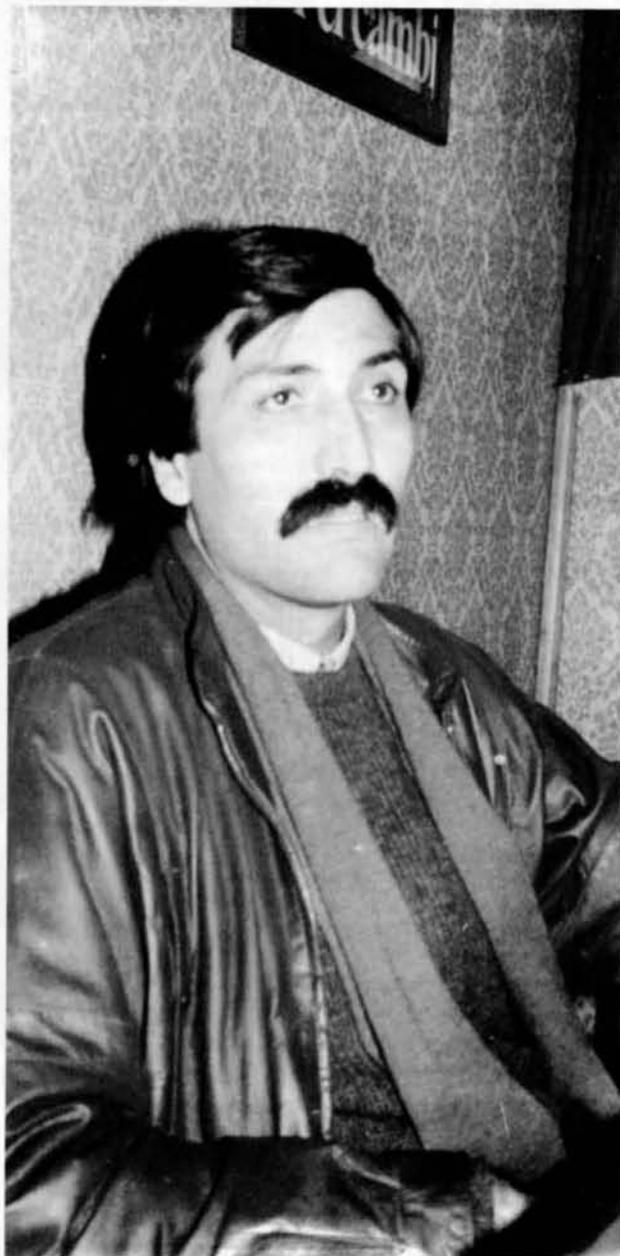
“España tiene afianzada la proa en el futuro”

El marinero larguirucho de gesto repentino, abre las piernas en tijera para mantener el equilibrio y calcula mentalmente las millas que aún quedan para llegar a puerto; un puerto más que añadir a la lista personal y donde puede esperar sobre el malecón el amor o el desamor. Ni el delfín más pintado pudo advertirle que la lentitud de la boga sería sustituida por el trabajo parlamentario, los viajes continuos, las citas o las tareas de partido cuando en las elecciones de 1982 fue elegido senador por el PSOE en el primer gobierno socialista, tras los mamporros nacionales que provocó un general a quien le traía al paio la legalidad republicana. La mar llama a intrépidos, aventureros, a hombres en constante revolución, a los que olfatean las minucias del otro lado de la orilla de la playa materna, a quienes ven la vida en un solo sentido, a quienes deciden defender la patria de los vecinos o a quienes diariamente le estrujan las ubres en busca de sustento. La tierra también llama a los mismos hombres. Y de esta forma, el marinero larguirucho de gesto repentino, mohín nervioso y pelo geométrico comprobó que arreglarle las tripas al barco se quedaba en el anonimato de la sala de máquinas.

El primer contacto de Fernando Sanz con textos que hablaban de la libertad, la lucha trabajadora, los materialismos históricos, la honradez de Pablo Iglesias, el pesoe y la ugeté ocurrió durante unas maniobras de la Armada Española en aguas francesas en colaboración con la marina gabacha. Eso constituyó la prueba de que hay motivos por los que un

Desde un punto indeterminado del puente de mando, en el exterior, con la capucha de hule hasta las orejas, un manchego larguirucho contempla el babeo intermitente de la punta de proa al sumergirse en el mar. El parte meteorológico señala una borrasca más negra que gris y una movida de cúmulos en el corredor celeste que se escapa a la vista y hace irrisorios los fanales de los botes varados con la pleamar, muy lejos del arañazo espumoso que la hélice ha ido trazando al salir a mar abierto.

Fernando Sanz, Senador del PSOE por Ciudad Real



trabajador como su padre, Martín Sanz, puede plantarle cara al patrón y negarse junto a muchos compañeros a presentarse en el tajo un día de 1960.

El primer contacto de Fernando Sanz con libretos rojos le hizo sonar la campana izquierda de sus pantalones. “En Francia durante unas maniobras llegaron a mis manos unos folletos sobre el Partido Socialista y la UGT. Me los habían dado unos exilados españoles afiliados al sindicato.” Fue en 1968 cuando tuve ocasión de comprobar el sufrimiento de todos aquellos que se vieron obligados a abandonar España a través de un protagonista directo.

—“O sea que la semilla socialista familiar florece”

—Sí, sí. A través de estos compatriotas conocí a gente que se movía en Europa Unida, una organización progresista que englobaba fundamentalmente a jóvenes anarquistas y fui empapándome de las nuevas ideas ya que no podía hacer otra cosa. Yo estaba entonces en la Armada y había que andarse con ojo. Bueno, con ojo había que andarse incluso en la vida civil. En una ocasión adherí en el interior de una taquilla una pegatina contestataria.

—“Fue una frivolidad por tu parte”, le interrumpo.

“Sí, pensaba que nadie iba a descubrirme incluso que llegasen a entender qué significaba aquello. Lo cierto es que con ocasión de una desinfección a bordo tuvimos que dejar las taquillas abiertas para una revisión. Un teniente de navío descubrió la pegatina y la arrancó. Al poco tiempo me arrestaron.”